

*Devenires críticos del placer:
del folk devil al feminismo prosexo en torno a las prácticas BDSM*



Leonel Matías Gutiérrez
Poeta, artista visual y fotógrafo
Facultad de Ciencias de la Comunicación
Universidad Nacional de Córdoba-Argentina
leonel.gutierrez@mi.unc.edu.ar
<https://orcid.org/0009-0005-0500-6262>

Resumen

El presente trabajo se propone reflexionar sobre los modos en que la construcción social de los llamados folk devils y los pánicos morales, tal como fueron conceptualizados por Stanley Cohen (2011), se vinculan con los debates feministas en torno a la sexualidad y, en particular, con la emergencia del feminismo prosexo a fines de los años setenta y principios de los ochenta. Se examina cómo ciertas prácticas sexuales, como el sadomasoquismo o BDSM, han sido recurrentemente objeto de estigmatización y situadas en el terreno de lo prohibido, operando como significantes de desviación moral. A su vez, se

analizan los aportes del feminismo prosexo, especialmente aquellos reunidos en la antología *Porno, Blues y Chicas Malas* (Tisocco & Canseco, 2023), que disputaron dichas construcciones proponiendo una política del placer no reductible a la lógica represiva. El artículo busca, desde un cruce teórico y político, señalar la relevancia actual de estas discusiones para comprender la persistente tensión entre placer, moral y disidencia sexual.

Palabras clave: BDSM; feminismo prosexo; pánico moral; placer; sexualidad

Abstract

This paper reflects on the ways in which the social construction of so-called *folk devils and moral panics*, as conceptualized by Stanley Cohen (2011), is connected to feminist debates on sexuality and, in particular, to the emergence of the pro-sex feminism movement in the late 1970s and early 1980s. The paper examines how certain sexual practices, such as sadomasochism or BDSM, have been recurrently stigmatized and positioned within the realm of the forbidden, functioning as markers of moral deviance. At the same time, it analyzes the contributions of pro-sex feminism, especially those collected in the anthology *Porno, Blues y Chicas Malas* (Tisocco & Canseco, 2023), which challenged such constructions by proposing a politics of pleasure not reducible to repressive logic. This article seeks, from a theoretical and political standpoint, to highlight the current relevance of these debates in understanding the persistent tension between pleasure, morality, and sexual dissidence.

Keywords: BDSM; pro-sex feminism; moral panic; pleasure; sexuality

Introducción

Las sexualidades disidentes han sido históricamente objeto de regulación, censura y patologización. Desde los inicios de la sociología de la desviación, la cuestión de quién es considerado “peligroso” para la moral social estuvo atravesada por un doble movimiento: por un lado, la identificación de figuras transgresoras o *folk devils*¹, tal como las conceptualizó Stanley Cohen en *Folk Devils and Moral Panics* (2011); por otro, la reacción institucional y mediática que amplificó su peligrosidad y generó pánicos morales capaces de sostener políticas represivas. Estas categorías, originalmente aplicadas a fenómenos juveniles y subculturales, ofrecen claves potentes para pensar también las disputas en torno a la sexualidad.

En paralelo, los debates feministas de finales de los años setenta y principios de los ochenta —particularmente los condensados en lo que se conoció como “Guerras del Sexo”²— dieron lugar a la emergencia del feminismo pro-sexo. Esta corriente, recuperada en *Porno, Blues y Chicas Malas* (Tisocco & Canseco, 2023), planteó una crítica radical a las posiciones anti-pornografía y a la construcción de una sexuali-

¹ El término *folk devil* fue acuñado por Stanley Cohen en los años setenta para describir figuras sociales percibidas como amenazas morales. Se traduce habitualmente como “demonio popular” o “diablo moral”, aunque en este trabajo se conserva la expresión original en inglés.

² Nombre con el que se conoce a los debates feministas en Estados Unidos entre finales de los años setenta y comienzos de los ochenta, centrados en torno a la pornografía, el sadomasoquismo y el trabajo sexual. Enfrentaron a feministas antipornografía con feministas prosexo.

dad “correcta” bajo parámetros normativos. Entre las prácticas más fuertemente cuestionadas, el sadomasoquismo o *BDSM*³ fue un escenario de disputa en el que se jugaron tensiones entre placer, poder y moralidad.

El presente trabajo se propone reflexionar sobre estos cruces: cómo la lógica del *folk devil* se reproduce en la estigmatización de prácticas eróticas no convencionales, y cómo el feminismo prosexo aportó herramientas conceptuales y políticas para disputar esas formas de control. A partir de esta articulación, se busca pensar la vigencia de estos debates para los feminismos y las sexualidades disidentes en la actualidad.

El *folk devil* y los pánicos morales

El concepto de *folk devil* formulado por Stanley Cohen en *Folk Devils and Moral Panics* (2011) remite a la construcción social de figuras que encarnan el peligro moral. Estas figuras operan como enemigos simbólicos, señalados por los medios de comunicación, el discurso político y los aparatos de control social como responsables de amenazar el orden establecido. En este sentido, no se trata únicamente de sujetos que cometen actos “desviados”, sino de encar-

naciones de un mal mayor, cuyo carácter ejemplar permite condensar ansiedades colectivas.

Cohen (2011) muestra cómo la emergencia de los *folk devils* se articula con el proceso de pánico moral, en tanto figuras que condensan ansiedades sociales y marcan los límites de lo aceptable. En la introducción a la tercera edición de su investigación sobre los Mods y Rockers, sintetiza este mecanismo del siguiente modo:

Societies appear to be subject, every now and then, to periods of moral panic. A condition, episode, person or group of persons emerges to become defined as a threat to societal values and interests; its nature is presented in a stylized and stereotypical fashion by the mass media; the moral barricades are manned by editors, bishops, politicians and other right-thinking people [Las sociedades parecen estar sujetas, de vez en cuando, a períodos de pánico moral. Una condición, episodio, persona o grupo de personas emerge para ser definido como una amenaza a los valores e intereses sociales; su naturaleza es presentada de manera estereotipada por los medios; las barricadas morales son ocupadas por

³ Sigla que reúne *bondage & discipline, dominance & submission, sadism & masochism* (ataduras y disciplina, dominación y sumisión, sadismo y masoquismo). Se

trata de un conjunto de prácticas eróticas consensuadas que incluyen roles, juegos de poder y, en algunos casos, dolor como componente erótico.

editores, obispos, políticos y otras personas bien pensantes] [traducción propia]. (Cohen, 2011, p. xlviii)

Esta definición resulta clave porque permite entender que los pánicos morales exceden los hechos concretos: lo que está en juego es la disputa por fijar los márgenes de la normalidad y, con ello, los límites del placer y la desviación.

La dinámica de los pánicos morales implica una secuencia reconocible: primero, un hecho que irrumpe en la escena pública; luego, su amplificación mediática; finalmente, la intervención de autoridades que refuerzan el diagnóstico alarmista y producen medidas de control. Este proceso revela que lo que está en juego no es solo la conducta puntual, sino la disputa por definir los límites de lo normal y lo aceptable. Los *folk devils* cumplen, así, una función estructural: señalar, mediante la estigmatización de ciertos sujetos, cuáles son los márgenes de la moral social y qué prácticas deben ser neutralizadas.

El valor heurístico de esta categoría excede el análisis de subculturas juveniles. Cohen (2011) advierte que los pánicos morales reaparecen de forma recurrente, cada vez que un fenómeno cultural, político o social se presenta como desbordante o destabilizador. En la medida en que el pánico se configura como una reacción cultural y política, sus objetos pueden ser múltiples: jóvenes violentos, consumidores

de drogas, migrantes, minorías raciales, e incluso prácticas sexuales. Lo que todos comparten es su conversión en símbolos de desorden, más allá de la dimensión real de sus actos.

Desde esta perspectiva, resulta posible trasladar el análisis de Cohen a los debates en torno a la sexualidad. Tal como se ha señalado en los estudios posteriores al auge del feminismo prosexo, prácticas como el sadomasoquismo fueron vistas como expresiones desviadas y peligrosas, generando alarmas similares a las descritas en los pánicos morales clásicos. El BDSM fue y sigue siendo leído, por amplios sectores, como un síntoma de violencia y patología, más que como una práctica erótica legítima y consensuada. En este sentido, el marco de los *folk devils* permite comprender cómo la sociedad construye figuras de peligrosidad moral a partir de deseos y placeres que desestabilizan las normas sexuales dominantes.

Feminismo prosexo y disputas del placer

A finales de la década de 1970 y comienzos de los años 80, los feminismos en Estados Unidos se vieron atravesados por intensos debates en torno a la sexualidad. Conocidos como las *Guerras del Sexo*, estos enfrentamientos pusieron en tensión las posturas antipornografía con aquellas que más tarde serían denominadas prosexo. El libro *Porno, Blues y Chicas Malas* (Tisocco & Canseco, 2023) recupera una selección de los textos fundacionales de esta corriente,

mostrando la radicalidad con que un grupo de autoras disputó la construcción moral dominante de las prácticas eróticas.

Entre las voces más destacadas, Patrick Califia⁴ (1981/2023) reivindicó el sadomasoquismo como una práctica legítima dentro de los feminismos, cuestionando la idea de que el dolor erótico fuese necesariamente expresión de violencia patriarcal. En su testimonio, publicado originalmente en 1981 y recuperado en *Porno, Blues y Chicas Malas*, relata cómo decidió enfrentar sus propias fantasías y explorar el BDSM:

Hace tres años, decidí dejar de ignorar mis fantasías sexuales. Desde los dos años, había construido un mundo privado de dominación, sumisión, castigo y dolor... Ya no toleraba más la culpa, la ansiedad ni la frustración, entonces comencé, cautelosamente, a experimentar con sadomasoquismo real. No perdí el alma en el proceso. (Califia, 1981/2023, p. 101)

⁴ Escritor y activista estadounidense, figura central en la defensa del sadomasoquismo desde una perspectiva feminista y queer. Sus textos de los años ochenta, como el citado en este trabajo, son considerados clásicos del feminismo prosexo.

⁵ Antropóloga y teórica feminista estadounidense. Su ensayo “Thinking Sex” (1984) es un texto fundamental en

De esta manera, Califia no solo despatologiza el BDSM, sino que lo presenta como un camino de autonomía y agencia erótica.

Otros textos incluidos en la antología — como los de Gayle Rubin⁵ o Ellen Willis— reforzaron la necesidad de pensar una política feminista que no expulsara el placer de su horizonte. Rubin advertía que la estigmatización de las variaciones sexuales reproducía, con nuevos ropajes, los viejos mecanismos de regulación moral. Willis, por su parte, defendía la importancia de una revolución sexual feminista que asumiera la lujuria y la fantasía como dimensiones emancipadoras, en lugar de subordinarlas a modelos de pureza o a imperativos normativos sobre la “buena” sexualidad.

Estos debates tuvieron como escenario central la Conferencia de Barnard⁶ (1982), espacio que terminó marcado por el conflicto: las feministas prosexo fueron acusadas de legitimar la pornografía y de traicionar al movimiento de mujeres, mientras que ellas denunciaron una “caza de brujas” interna que pretendía imponer una ortodoxia sobre la sexualidad. En ese marco,

los estudios sobre sexualidad. Rubin defendió la legitimidad de las variaciones eróticas y criticó las jerarquías sexuales impuestas por la moral dominante.

⁶ Encuentro feminista realizado en Barnard College (Nueva York), que se convirtió en un episodio clave de las *Guerras del Sexo*. Las tensiones entre feministas anti-pornografía y prosexo marcaron un quiebre interno en el movimiento.

el sadomasoquismo se volvió un punto neurálgico de disputa, precisamente porque ponía en evidencia la tensión entre deseo y poder, placer y violencia, consentimiento y coerción.

El feminismo prosexo, lejos de eludir estas tensiones, las convirtió en el núcleo de su intervención política. Su apuesta consistió en reconocer que las prácticas sexuales no podían evaluarse a partir de un único criterio moral, sino desde la complejidad de los cuerpos, los contextos y las relaciones que las atravesaban. En este sentido, el BDSM dejó de ser visto únicamente como un síntoma de desviación, para pensarse como un laboratorio político del placer: un espacio donde se desafiaban las fronteras entre normalidad y transgresión, entre peligro y goce.

Cruces entre *folk devil* y BDSM

El cruce entre la noción de *folk devil* y las disputas del feminismo prosexo permite visibilizar cómo determinadas prácticas sexuales, en particular el BDSM, han sido históricamente construidas como amenazas morales. Al igual que los Mods y Rockers analizados por Cohen (2011), los sujetos que participan de prácticas sadomasoquistas son señalados como desviados, peligrosos o portadores de un mal social más amplio. La intensidad de la reacción no se explica tanto por la frecuencia de estas prácticas, sino por la capacidad que tienen de interpelar los

límites de lo aceptable en materia de placer y deseo.

En este sentido, el BDSM puede entenderse como un terreno privilegiado para la operación del pánico moral. El dolor erótico, la teatralización de jerarquías de poder o el uso de símbolos de violencia se convierten, para la mirada normativa, en pruebas de una supuesta degradación social. El resultado es un proceso de amplificación y condena que, siguiendo la lógica de Cohen, desborda el hecho particular y lo transforma en una amenaza colectiva. No se trata solo de prácticas privadas entre adultos consensuales, sino de una señal de alarma que moviliza a instituciones, medios y discursos públicos a reafirmar la frontera entre lo normal y lo anómalo.

Sin embargo, como plantean los textos prosexo compilados por Tisocco y Canseco (2023), este señalamiento encubre una paradoja: al intentar expulsar el BDSM del campo de lo aceptable, se refuerzan los mismos mecanismos de control y silenciamiento que el feminismo buscaba combatir. Rubin (1981/2023) advertía que, en lugar de cuestionar la matriz patriarcal de la moral sexual, las feministas antipornografía terminaron reproduciendo una nueva ortodoxia que condenaba las variaciones eróticas. En una entrevista publicada en *Porno, Blues y Chicas Malas*, lo formula con claridad:

Algunas feministas no pueden digerir el

concepto de variación sexual benigna. En lugar de darse cuenta de que el ser humano no es todo igual, que la variación está bien, el movimiento de mujeres ha creado un nuevo estándar. Esto es como el viejo concepto psiquiátrico, que dicta la forma “normal” de hacerlo. (Rubin, 1981/2023, p. 17)

Con esta crítica, Rubin exhibe cómo incluso dentro de los feminismos pueden reactivarse jerarquías sexuales que terminan legitimando nuevas formas de exclusión.

Desde esta perspectiva, la figura del *folk devil* no es un residuo del pasado, sino un dispositivo que se reactualiza frente a cualquier práctica que desestabilice las normas sexuales dominantes. El BDSM, en tanto práctica erótica que combina placer, dolor y poder, sigue ocupando ese lugar de frontera: una otredad necesaria para que el orden moral se sostenga. La respuesta del feminismo prosexo fue, precisamente, disputar ese lugar, resignificar el BDSM no como amenaza sino como posibilidad de emancipación, y convertir al “diablo” moral en una figura capaz de producir comunidad, deseo y política.

Latencias

La lectura conjunta de *Folk Devils and Moral Panics* (Cohen, 2011) y *Porno, Blues y Chicas Malas* (Tisocco & Canseco, 2023) permite iluminar un terreno común: la persistencia

de mecanismos sociales que, a través de la construcción de figuras de desviación, buscan disciplinar los cuerpos y regular los placeres. Los *folk devils* no son solo jóvenes subculturales en los márgenes del orden, sino también quienes se aventuran a explorar prácticas eróticas que cuestionan la moral sexual dominante.

El feminismo prosexo aportó claves invaluable para disputar esta estigmatización, mostrando que prácticas como el BDSM no pueden ser reducidas a la lógica de la violencia ni a la reproducción de jerarquías patriarcales. Antes bien, pueden constituir espacios de agencia y experimentación del deseo, sostenidos en el consentimiento y la autonomía. Al confrontar las categorías de peligro y desviación con una política del placer, las autoras prosexo revelaron la potencia política de pensar el sexo como campo de disputa y no como amenaza a conjurar.

En tiempos en que resurgen moralismos y se reactualizan pánicos en torno a la sexualidad, resulta imprescindible volver sobre estos debates. Reconocer los devenires críticos del placer implica asumir que toda política sexual es, al mismo tiempo, una política moral y cultural. El desafío es, entonces, sostener la pluralidad de deseos frente a las tentaciones normativas, y reivindicar el derecho a prácticas que, aun marcadas como peligrosas, siguen siendo espacios de libertad erótica y de imaginación política.

Referencias

Cohen, S. (2011). *Folk Devils and Moral Panics: The Creation of the Mods and Rockers*. Routledge Classics.

Tisocco, C., & Canseco, A. (Comps. y Trads.). (2023). *Porno, blues y chicas malas. Selección de textos de los inicios del feminismo prosexo*. Editorial Asentamiento Fernseh.